

Nuestra fe cristiana se apoya en la resurrección de Jesús, el Hijo de María, verdadero Dios y verdadero hombre. Si se quitara esta base todo el edificio de la fe se viene abajo como un castillo de naipes. San Pablo afirma que si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana también la fe (cf. *1 Cor* 15, 14). Por eso, la resurrección de Jesucristo es la piedra fundamental sobre la que se construye nuestra fe. Somos cristianos porque creemos en la resurrección de Jesucristo. Esta fe nos lleva a creer también en la “resurrección de la carne”, como lo profesamos en el Credo. Es decir, creemos en la resurrección del hombre todo entero, no sólo de su espíritu, sino también de su cuerpo. Por eso, los cristianos somos hombres y mujeres de esperanza, de la esperanza grande, porque gracias a Jesucristo resucitado y vivo en medio de nosotros, podemos saborear las maravillas del mundo futuro (*Hb* 6, 5).

¿En qué nos apoyamos para decir esto? En la palabra de Dios, en los primeros testigos de la resurrección que fueron las mujeres y después muchos otros testigos, en la tradición de la Iglesia, que cree y celebra la resurrección de Jesús a lo largo de los siglos; y, finalmente, en la experiencia personal del encuentro con Jesucristo vivo, que nos elige y llama a vivir en amistad con él. Por eso, la resurrección de Jesucristo es un acontecimiento histórico y al mismo tiempo trascendente.

Ésta es nuestra gran esperanza. Por eso, junto con el apóstol Pedro, uno de los testigos cualificados de la resurrección de Jesús, también nosotros confesamos nuestra fe: “Tus palabras dan Vida eterna” (*Jn* 6, 68); “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (*Mt* 16, 16). El Papa Benedicto XVI nos dijo en *Aparecida* que “El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”.

En la carta encíclica, *Spe salvi* (salvados en esperanza), el Santo Padre hace la siguiente reflexión: “es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2, 12). La verdadera, la gran esperanza del hombre, que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13, 1; 19, 30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida» (...) Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos»” (n. 27).

Si nos empeñamos en construir una sociedad sin Dios, ponemos en grave riesgo la integridad de la comunidad humana. Sin Dios, lo que queda es el hombre solo, convertido en dios de sí mismo y de los demás, dueño absoluto del bien y del mal. La fe y la razón nos dicen que si a una persona, hecha a imagen y semejanza de Dios, le quitan esa relación, que es vital para ella, la convierten en un ser aislado e inseguro, que fácilmente se transforma también en un ser violento y destructor.

Una sociedad, que no cultiva los grandes valores que dan sentido trascendente a la vida de los ciudadanos, y fortalecen sus responsabilidades y conductas, para construir una convivencia pacífica, mediante el diálogo social y con acuerdos razonables y éticos entre los diversos actores sociales, esa sociedad termina cayendo casi siempre en una desconfianza de todos contra todos. Así se achican los horizontes y los grandes temas se reducen a pequeños intereses, en los que se gastan los mejores esfuerzos. Únicamente aquella esperanza grande, que nos contenga a todos, y que al mismo tiempo nos trascienda, puede darle a la comunidad un nuevo impulso para desarrollar lo mejor de su potencial humano.

El tamaño de esa esperanza no se fabrica, no es el resultado matemático de nuestros esfuerzos, es, ante todo, un don de Dios. Jorge Luis Borges, en una genial intuición, que podemos leer en una de sus primeras obras: “El tamaño de mi esperanza”, exclamó: “¡Bendita seas, esperanza, memoria del futuro, olorcito de lo por venir, palote de Dios!”. Es una frase genial, que probablemente lo ha superado a él mismo. Dios nos llama a la vida, nos crea a su imagen y semejanza, se hace para nosotros “Camino, Verdad y Vida” en Jesús, y nos invita a ser sus discípulos, para aprender con él “a hacer palotes de esperanza”, es decir, a aprender a construir con él nuestra historia, hasta el final de los tiempos, cuanto toda la creación estalle en plenitud de vida y de amor. Éste es el tamaño de nuestra esperanza.

El Papa, en la carta que mencionamos antes, nos recuerda que “el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva” (SS, 2).

Por eso, celebrar la Pascua cristiana, es mucho más que sólo recordar los hechos pasados, es celebrar la memoria viva de la resurrección de Jesús y en ella y por ella, también la nuestra. No “jibaricemos” nuestras grandes fiestas, es decir, no las deformemos ni reduzcamos a cosas externas. Cada fiesta cristiana es una oportunidad para profundizar nuestras convicciones y renovarnos para vivir con mayor entusiasmo los misterios de nuestra fe. Este tesoro espiritual no se hereda como se hereda un terreno, o un rasgo característico de familia, sino que exige siempre un ejercicio responsable de nuestra libertad.

Invito a todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, hombres y mujeres, niños y jóvenes, pobres y ricos, sanos y enfermos, a los que están cerca y a los que están lejos, a vivir con alegría y en esperanza el misterio más grande de nuestra fe: ¡Cristo resucitó! Nuestra vida tiene sentido, porque el amor de Dios está vivo en medio de nosotros. Dejemos que María de Itatí nos lleve a los pies de la cruz de Jesús, nos haga sentir el milagro de su amor, y nos haga misioneros de ese amor en nuestra vida diaria.

A toda la feligresía, en particular a todos los que creen en Cristo, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, les deseo de corazón santas y muy felices Pascuas de Resurrección.